quista lenta, casi una infiltración. En los primeros bailes en que las dió á conocer, la gente las encontró deliciosas, originales, nuevas; con un sabor mixto de voluptuosidad y de delicadeza, como si una virgen contara en secreto, muy cerca sus labios de nuestro oído, alguna frase cruda aprendida en la calle. Y aunque se comprendía que aquello no estaba bien, cuando quería uno formalizarse, ya la danza terminaba, decía adiós con sus armonías más puras y á uno lo ganaba una impresión de vaga melancolía, de esas que nos inspiran los grandes dolores de una querida abandonada ó el entierro municipal y solitario de una pecadora.

Después de la alarma, resultó que no podían pasársela sin la nueva música, que se hizo de moda; y Pomar tuvo el talento de no hacerla imprimir; si querían su música tenían que llamarle á él, que pagarle á buen precio sus horas de trabajo. Durante medio año produjo una cantidad de valses, schottischs, mazurcas y danzas; hasta que se decidió á publicarlas, á "vestirlas de negro"—como él mismo decía refiriéndose á la tinta de imprenta. Pero la cosa no fué tan fácil cual se creía; no todo el mundo pudo tocar las producciones del maestro, y entonces aparecieron los discípulos,

la buena época. ¿Cómo pasó de esta atmósfera de popularidad de buen tono á la dudosa de la gente de trueno? Ni él se lo explicaba; quizá fué el alto precio que le ofrecieron, quizá porque se supuso que nada ya le estorbaría el camino. A poco, se enamoró perdidamente de la mujer que le acompañó hasta su muerte, y ese fué el comienzo de las amarguras de su carrera. Artista y por consiguiente apasionado, no se detuvo Pomar á considerar si esta mujer le convenía ó nó. Joven, libre y con dinero, encontró un cariño y se hundió en él, dejando á un lado las preocupaciones burguesas que empequeñecen los impulsos nobles y ridiculizan los nobles sacrificios. Halló un corazón que se le entregaba y, en los transportes del hallazgo, se olvidó de entrar á la Vicaría y al Registro civil; ¿para qué, si cuando la dicha nos sale al paso no es preciso que nos lo certifiquen por papel los indiferentes y los extraños?

Tuvo una luna de miel encantadora por lo rápida y por lo intensa. El cuarto de un hotel convertido en rincón del cielo; en la ventana, pájaros y flores; en la mesa de trabajo, el papel rayado, la pluma lista, el periódico que lo alababa; el piano abierto, en espera de las caricias de su dueño; sobre el velador, la comida traída á hurtadillas de

la fonda más próxima, con un solo vaso para aumentar los pretextos de besarse; y en las paredes, en los muebles, en todas partes, ella, la mujer amada, que ríe de nuestras locuras y las comparte y nos arrulla y nos enloquece!...

Según él mismo me confesó más de una vez, á partir de aquel día produjo sus composiciones más inspiradas, y también á partir de aquel día sobrellevó con menos disgusto las contrariedades y fatigas de su profesión. El recuerdo de su nido — que lo traía siempre consigo, como un amuleto — servíale para no envidiar á los novios que se decían ternezas en las casas decentes ó á las parejas que se acariciaban frenéticamente en los sitios *non-sanctos*. En unos y otros él tocaba sonriendo en su interior, pensando en la vuelta al hotel, en la cena íntima, en los proyectos que haría con ella á la luz de la luna, allá en su ventana, mientras él fumara el último cigarro y ella le contara por la millonésima vez que de chiquilla había sufrido mucho, mucho...

Después de unos meses deslizados así, el desquiciamiento que no se anuncia y que nos anonada; la vida con su anverso y su reverso, el contraste que se impone. En la ventana, el pájaro muerto, las flores marchitas; en la mesa de

trabajo, la pluma rota, las papeletas del montepío; el piano, ausente, dejando un hueco inmenso; en una silla, ella, la mujer amada, que llora nuestros dolores y los comparte y nos martiriza...

Lo notable del caso, lo que pinta el carácter de Pomar, es que nunca hizo partícipe á nadie de su dicha ni de su desgracia; era un avaro de amor, es decir, un celoso, y apenas si dos ó tres elegidos traspasamos por excepción los umbrales de su casa. Es más, la mayoría de los que le trataron no sospechaban que vivía con una compañera; creiásele ligero, voluble; con conquistas mujeriles variadas y de corta duración, lo que ha de haber contribuído á malquistarlo con los pudibundos; á ahuyentar los discípulos; á dejarlo solo con sus quimeras.

Nosotros nos veíamos muy de tarde en tarde, excepción hecha de los bailes nocturnos, á los que yo era concurrente asíduo y en los que él tocaba invariablemente. Pero no hablábamos ahí; un saludo á lo sumo, asunto de darse las buenas noches, y él tornaba al piano, yo, á perderme entre los bailadores. Se me quedó tan grabado, que el pianista que pinto en *Apariencias*, en la orgía á que hago asistir á Pedro, con pequeñas variantes, es el retrato de Pomar. Esa escena de la

mujer que exige dinero á los concurrentes, que explota la forzada liberalidad del calavera y obsequia al músico la suma recogida, para ablandarle, para que venza al cansancio y continúe tocando, la ví repetirse varias ocasiones y me encantó por la complicada y triste psicología que encierra.

En cierta época, de dolorosa é instructiva experiencia para mí, Pomar y yo nos tratamos diariamente. Era el maestro de piano de una mujer á quien adoré; que me hizo gustar la inefable delicia del primer amor en que recibimos juntos una alma y un cuerpo á cambio de los nuestros; que me hizo bendecir la vida, porque nos permite besar á nuestra querida, y que me hizo maldecir la existencia á los veintiún años, porque á los veintiún años probé el acíbar de la infidelidad que para siempre nos separa de la que todavía ayer nos juraba amor eterno.

Fué un drama de tres meses de duración, y que sin embargo, me dejó en el alma una aureola negra de desconfianza. Y eso que el golpe no debía sorprenderme ¿ quién me mandó querer á una mujer descarriada? pero vaya vd. á meterse en filosofías, á decirle al corazón que no quiera, cuando la juventud nos impone sus exigencias, cuando vivimos con una mujer linda, y en la traidora

intimidad, nos dormimos en medio de una cascada de caricias, de juramentos de amor, nos despertamos con los mismos juramentos y las mismas caricias y al despedirse nos preguntan:

—¿ Volverás esta noche ?...

Sale uno á la calle orgulloso, deseando que todos nos conozcan en la cara el triunfo reciente, la realización de la vida, la conquista del mundo. Es que por dentro nos sentimos hombres; algo interior nos asegura que por allí han pasado y pasarán todos, y aunque la moral casera, la que nos ha nutrido desde niños, repruebe el hecho, encogemos los hombros, el recuerdo está demasiado vivo, aún tenemos impresas las facciones de la amante, el eco de su voz, sus promesas, y nos sentimos atraídos, vencidos antes de luchar; una atracción muy distinta de la de la novia, mucho menos pura—¡ oh! no hay comparación, pero que nos seduce más precisamente por eso. Si acaso, para acallar los desvanecidos remordimientos de la conciencia, soñamos con regeneraciones imposibles y dichas inverosímiles, muy lejos, en algún país donde nadie nos conozca, donde nadie venga á enturbiar la ventura que ambicionamos. ¿ Qué es cosa de la edad ?... Ya lo sé y por lo tanto disculpable. No haya cuidado, la ilusión ha de des-

vanecerse más pronto de lo que deseáramos y el desencanto anticipado, el más espantoso de todos los castigos, vendrá á quitarnos una venda que no debiera perderse nunca.

¡Ah! pero mientras el desencanto llega, nos abandonamos por completo, prescindimos de todo lo que no esté en relación directa ó indirecta con la sirena que nos aprisiona. La opinión, la sociedad, los parientes, los amigos nos espantan con sus consejos y sus reflexiones; cerramos los oídos sabiendo que hacemos mal; huímos de aquellos como de malhechores que quisieran arrebatarnos nuestro tesoro; como puede huír un chiquillo cuando posée un juguete que lo deleita y no atiende á los que le aseguran que debajo del barniz existen clavos y asperezas que han de herirle á su menor descuido.

Y amar á una de estas mujeres, es horrible. El amor que es celoso de suyo, aquí nos atormenta, pues no tememos el tener de rival á Fulano ó á Zutano sino que sabemos que nuestro rival es múltiple, variado, infinito: el público. ¿Quién va á luchar con esa masa despiadada, brutal é irresponsable? Entonces se pasan horas sombrías; el suicidio nos hace buena cara; se nos olvida que tuvimos infancia y religión y pureza; se mira uno

muy abajo; el individuo más miserable que pasea con su mujer y con sus hijos, nos inspira envidia, una envidia destructora y malsana; se considera uno tan solo,que hasta los instantes pasados con la querida, lado á lado, nos acentúan la soledad por la diferencia radical en educación. Luego, se contraen fatalmente pseudo-amistades, que más tarde nos enrojecerán con sólo su saludo y que por lo pronto nos explotan; vienen á flote los instintos perversos que en número mayor ó menor tenemos todos los humanos; la influencia del medio nos agosta, para salir al fin de la borrasca, cuando se sale con vida, como un verdadero náufrago. Hemos tirado muchas cosas al mar; los que se nos acercan, notan que nos faltan, mientras nosotros notamos algo más, que es mucho peor: lo que nos falta por dentro y que también tiramos en el ansia suprema de salvarnos...

Pomar presenció mi catástrofe, desde sus comienzos hasta el desenlace, y quizá esto contribuyó á que aumentara mi simpatía por él. No fué mi confidente, porque los asuntos que son del dominio público no lo requieren; fué un espectador que se interesó con el argumento y con el desempeño de la pieza. Algunas tardes, que él y yo esperábamos á su discípula, se sentaba al piano

en tanto que yo, acostado en un canapé, le oía confusamente por estar absorto ante la solución de mi problema: arrancarme aquella espina que había ido á clavárseme tan hondo.

Y cuando logré arrancármela; cuando me aislé de todo el mundo en la desesperación inmediata á la ruptura; cuando me decidí á volver por mi crédito, medio olvidado en algunos *boudoirs* de tarifa, entre uno que otro billete de banco y uno que otro pedazo del corazón, me encontré con Pomar muy de tiempo en tiempo y nos saludábamos de lejos, con la mano, cada cual preocupado con lo suyo, sin acercarnos ¿para qué?...

Yo me receté campo, porque el campo me ha curado siempre de mis mayores dolencias morales. Viéneme primero un exacerbamiento de mi dolor, como si fuera yo á estallar; y luego, poco á poco, la enfermedad disminuye con la tristeza de los crepúsculos; con el rumor misterioso de las sementeras; con los dramas y los idilios mudos de los animales; con la maligna imbecilidad de los campesinos; con el silencio imponente de las noches que sólo turban los ladridos lejanos de perros ignorados y las agitadas discusiones de los árboles con el viento, y uno se acurruca en la cama — el cuarto ya en tinieblas — aprieta los

ojos y hasta los quejidos del espíritu desaparecen para dejar el sitio á un pavor físico, no exento de deleites, de peligros quiméricos é irrealizables. Y así, lo que en un principio era enfermedad grave, tórnaseme en recuerdo grato que me benificia, me predispone al trabajo — verdadera y única panacea de nuestras neurosis de refinados.

Un día, que fuí á la ciudad, me topé con Pomar en un *restaurant;* almorzaba en una mesa alegre, de muchachos bulliciosos. Vino á la mía, á tomar el café conmigo.

— ¿Cómo te sientes? me preguntó.

— En plena convalecencia ¿y tú?

— Yo como siempre, viviendo con ella; le he compuesto y dedicado un valse que se llama "Feliz encuentro" en memoria del nuestro.

Y siguió por ahí, mencionándola á ella á cada paso; ya no era su querida, era su culto; no le importaban sus pobrezas ni nada, con tal de no perderla, con tal de que la infidelidad ó la muerte no se la hicieran imposible. Ahora su gran temor consistía en una vanidad de artista.

— No quiero morir ignorado — repetíame — es una idea que me martiriza.

— Pero si no puede ser, repuse, podrás haber

vivido ignorado, pero morir de la misma manera... Imposible, tus danzas te salvan.

No lo ví más. A los dos años de esto, alguien me escribió á Guatemala que Pomar había muerto; sin darme detalles ni pormenores, la noticia seca, un solo renglón. A mi vuelta á México, me narraron el suceso. Agobiado Pomar con sus dificultades monetarias; suficientemente digno para no descender, prefirió sacrificar sus dos idolatrías: su querida y la música, y consiguió que lo nombraran subteniente de infantería. De destacamento en Toluca, una fiebre tifoidea lo mató en pocos días, y él, el artista y el enamorado, el que soñaba con Italia y con producir óperas, independiente y orgulloso, sabe Dios lo que habrá sufrido en medio de la prosa de un cuartel, esclavizado por la despiadada Ordenanza, por las promiscuidades de un regimiento...!

Antes de entrar al ejército, compuso su última danza; y cual si presintiera su fin próximo, le puso este título que acusa un mundo de dolor por el renunciamiento que encierra, no obstante su apariencia espiritual y frívola:

— "Colgué los hábitos"!

IX

UN RAPTO

La idea me asaltó al salir del teatro Arbeu, donde representaban entonces "El Juramento de amor" recién traducido.

La epidemia reinante, era la traducción de operetas; casi cada semana aparecía en el cartel una nueva, hecha por Javier Osorno, por Manuel Caballero ó por algún individuo desconocido. Como es de suponerse, unas agradaban y otras nó, pero unas y otras significaban dinero que un empresario excepcional pagaba á los traductores.

Este empresario, que de buenas á primeras pagaba el trabajo ajeno, en contraposición con sus antecesores que el extranjero se lo apropiaban y al nacional no le hacían caso, fué el causante de la epidemia. Súpose que pagaba y acudieron mu-